

En lo anterior se destacan dos problemas, uno de carácter moral (el sacerdote venal) y otro de construcción interna del relato (la aparente contradicción cronológica en las muertes de Miguel Páramo y Eduviges Dyada). Este problema cronológico que consideré por algún tiempo como una posible falla estructural en *Pedro Páramo* me llevó a desenredar toda la cronología de la novela según llegué a entenderla. Esta se presentará posteriormente; por el momento, permítaseme adelantar una hipótesis de trabajo: Eduviges Dyada es la madre de Miguel Páramo. Veamos en qué se basa esta conjetura.

En la sección tres, el P. Rentería aparece un total de cuatro veces (divisiones narrativas 3, 4, 6 y 29), siempre por conducto de un narrador omnisciente. Se presenta en relación a Miguel Páramo y Eduviges Dyada (directamente en 6DN y por implicación o correlato moral en 29DN), o en relación a su familia (3DN y 4DN). El diseño que esto imprime en la narración es uno de odio y resentimiento hacia Miguel (3-4DN) junto a un abatimiento y fracaso moral (29DN), resultado de una implícita complicidad. Miguel Páramo asesina al hermano del P. Rentería, viola a su sobrina Anita y, para coronarlo de infamia, lo insulta; el P. Rentería, no obstante, *se siente culpable*. ¿De qué? Creo que la respuesta está en el conjunto formado por 3DN, 6DN y 29DN. En su función como sacerdote, el P. Rentería comete dos faltas que eventualmente le ocasionarán hondo remordimiento, y en ambas faltas el eje confluyente es el *dinero*. En 6DN se le niega a una mujer pobre la ayuda espiritual solicitada para un ser querido (su hermana Eduviges); razón: Eduviges cometió una falta en contra de la Iglesia (por violencia hecha a sí misma), falta que pudiera remediarse por medio de costosas misas gregorianas; sin embargo, debido a la falta de fondos económicos, se dejan «las cosas como están». En 3DN, a un hombre rico (Pedro Páramo) se le concede la ayuda espiritual solicitada para un ser querido (su hijo, Miguel Páramo), a pesar de que el muerto cometió múltiples faltas en contra de la Iglesia (por violencias hechas al prójimo). En el primer caso, y en forma implícita, intenta remediar lo de Eduviges cuidando de que su hijo no quede totalmente desprovisto de protección: lleva a Miguel a la casa de Pedro Páramo:

- Tenía muy presente el día que se lo había llevado, apenas nacido. Le había dicho:  
—Don Pedro, la mamá murió al alumbrarlo. Dijo que era de usted. Aquí lo tiene.  
Y él ni lo dudó, solamente dijo:  
—¿Y por qué no se queda con él, padre? Hágalo cura.  
—Con la sangre que lleva dentro no quiero tener esa responsabilidad.  
—¿De verdad cree usted que tengo mala sangre?  
—Realmente sí, don Pedro.  
—Le probaré que no es cierto. Déjemelo aquí. Sobra quien se encargue de cuidarlo.  
—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará el sustento.  
El muchachito se retorció, pequeño como era, como una víbora.  
—¡Damiana! Encárgate de esa cosa. Es mi hijo. (SIII: 29DN, pág. 73.)

En este diálogo hay una inusitada confluencia de elementos reveladores, cargados de significado una vez contextualizados. Nótese que Miguel se vincula a Pedro Páramo sanguínea y simbólicamente: es la misma «mala sangre», y se retuerce «como una víbora» (víbora como símbolo de lo venenoso/maligno). Tradicional representante de la maldad y la muerte, este reptil aparece en la narrativa de Rulfo fiel a su

herencia semántica; en «El hombre» se manifiesta en forma trinitaria (víbora/serpiente/culebra), presencia que, desdoblándose al nivel humano, condiciona la voluntad y la muerte del hombre (José Alcancía/Urquidi), a la vez que se extiende íntegra y metafóricamente en la naturaleza (el río). La contigüidad del *Tilcuate* a Pedro Páramo no es, pues, casual; es una variante más en esta herpetología simbólica. Volviendo al P. Rentería, desde el principio hay entre éste y Miguel una complicidad moral establecida en el momento en que se le niega a Eduviges la ayuda espiritual solicitada por María Dyada. El P. Rentería intenta lavarse las manos, llevándole a Pedro Páramo el pequeño huérfano, negándose a ser su padre *metafórico*. («¿Y por qué no se queda con él, padre? Hágalo cura».) y desvinculándose de toda responsabilidad. Pero el P. Rentería continúa siendo cómplice del destino Páramo, sigue siendo una presencia constante en el vertiginoso ascender de esta «mala sangre», encauzándola (Miguel) o favoreciéndola (Pedro) en sus astucias:

El asunto comenzó —pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era, se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí... Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento. (SIII: 29DN, pág. 73.)

En forma *explícita*, el P. Rentería intenta remediar su complicidad moral respecto a Miguel Páramo mediante una «peregrinación» a Contla para confesarse («purificarse») con el señor cura de dicha población. Contla, por consiguiente, se transforma en un espacio íntimamente ligado a los destinos de Miguel y el P. Rentería: éste emprende (de día) una peregrinación a Contla con el propósito de restablecer una conjunción religiosa minada por la venalidad; aquél emprende (de noche) un viaje a Contla con el propósito de continuar una conjunción amorosa basada en la lascivia. Miguel Páramo muere *literalmente* camino a Contla y descubre que se le «perdió el pueblo» y que «no había más que humo y humo y humo». El P. Rentería muere *metafóricamente* como sacerdote en Contla:

- Tienes que ir. No puedes seguir consagrando a los demás si tú mismo estás en pecado.
- ¿Y si suspenden mis ministerios?
- Tal vez lo merezcas. Quedará a juicio de ellos. (SIII: 29 DN, pág. 75.)

Junto a su vínculo moral con Miguel, Eduviges y Pedro Páramo, el P. Rentería (como sacerdote) se asocia con el *agua*, ya sea por el bautismo, ya por la virtual protección (ingreso a la vida espiritual y dirección protegida hacia la gracia divina); sin embargo, el P. Rentería «está en pecado», de aquí que sea *agua turbia*, desvirtuando de raíz su función religiosa. Miguel, por el contrario, se asocia con el *fuego* (lascivia) que al extinguirse/ (muerte) se convierte en «humo y humo y humo». Al P. Rentería no se le escapa lo comprometido que está con el destino de los Páramo (Pedro y Miguel), y este reconocimiento —y el remordimiento como correlato lógico— amplía la dimensión semántica de este personaje, haciendo de él un elemento de suma importancia en el relato.

El parentesco entre Eduviges y Miguel tiene varios indicios, unos por contigüidad narrativa y otros por deducción lógica. En cuanto a la contigüidad narrativa, observemos la súbita desaparición de Eduviges en SIII: 7DN, y el inmediato

reemplazo de Eduviges por Damiana Cisneros (quien a la vez es la madre *metafórica* de Miguel puesto que ella lo cría desde recién nacido) *después* de establecida la relación Miguel-Eduviges por medio del remordimiento del P. Rentería (SIII: 6DN). Otro ejemplo de contigüidad narrativa ocurre en 29DN, según lo presentado anteriormente (contexto formado por Pedro Páramo, P. Rentería, María Dyada y el recién nacido Miguel). Vayamos a la deducción lógica.

Cuando Eduviges le informa a Juan que Miguel solía dormir con ella, ¿qué querrá decir con ello? Al principio se tomó como un eufemismo común referido a una relación amorosa. Sin embargo, Eduviges murió muchos años antes que ocurriera la muerte de Miguel, por consiguiente, Pedro no la pudo haber invitado al velorio. Recordando que Eduviges hace uso de una retórica peculiar con respecto a Juan, nos vemos ante la necesidad lógica de buscar el sentido de ese eufemismo en otro contexto. Del banal adulterio nos vemos llevados, consiguientemente, a la relación madre-hijo, y ahora nos vemos bajo la necesidad de rectificar nuestra interpretación inicial. Miguel descubre, en la hora de su muerte, *quien es su madre* (Juan Preciado, por el contrario, descubre quien es su padre al morir Dolores Preciado); es Eduviges («estaba yo acostada», o sea, estaba muerta, descansando en su ataúd) quien recibe la *primera* noticia de su muerte y a quien primero acude Miguel Páramo. La relación amorosa entre Pedro Páramo y Eduviges se presenta veladamente en dos ocasiones, una en forma de acto inconsumado (noche de bodas de Dolores Preciado), y la otra como posibilidad sugerida. En cuanto a la primera, ¿cómo creerle a Eduviges, cuyo discurso fluctúa constantemente entre la mentira y la verdad, entre el sentido literal y el metafórico? Por lo que toca a la segunda, obsérvese la forma en que Pedro Páramo le responde a Eduviges cuando ésta le pregunta por Dolores Preciado: «Quería más a su hermana que a mí. Allá debe estar a gusto. Además ya me tenía enfadado. No pienso inquirir por ella, si es eso lo que te preocupa» (SII: 4DN, pág. 23). La retórica de Pedro Páramo, comparada a la de Eduviges, no carece de brillo propio. La primera frase encubre una mentira, mientras que la segunda está cargada de sorna (la burla está en que Dolores Preciado vive con su hermana, desprovista de su patrimonio y en calidad de «artimada» y, a consecuencia de todo ello, lejos de «estar a gusto»). La única posible verdad se encuentra en la tercera frase (aunque hay sospechas de que la partida de Dolores, motivada por Pedro Páramo, es algo planeado de antemano por éste). La cuarta frase excluye tajantemente a Dolores y se enfoca en Eduviges, dando a entender que su pregunta ha sido expresión de celos.

Todo lo anterior es una hipótesis de trabajo que serviría para explicar la falta de concordancia cronológica entre las muertes de Eduviges y Miguel Páramo. Si no se considera de validez alguna y se toma como descabellada obra de la imaginación, entonces la falla estructural de *Pedro Páramo* quedará en espera de algún remiendo crítico. Ahora bien, si por acaso sigue leyes internas del relato y aclara lo que antes era ofuscación —por lo menos para mí—, pues miel sobre hojuelas.